

Trasfondo médico de unas memorias y unos cuentos

Víctor M. Torres, M.D.

31 de agosto de 2002

[Agradezco a la Sociedad de Médicos Graduados de la Escuela de Medicina de la Universidad de Puerto Rico la honrosa invitación que me hace a su cuadragésimo-tercera convención anual y la gentileza de asignarme la conferencia inicial. El tema, *Trasfondo médico de unas memorias y unos cuentos* (basado en dos libros publicados) no es punto de partida. Sólo aspira a reseñar la realización de un deseo alentado por el humanismo propio de nuestra profesión. Espero que, en alguna medida, armonice con las nobles metas educativas del programa.]

Se preguntarán ustedes ¿qué impulsaría a este remoto colega a escribir libros a una edad en la que casi todos los que llegan a ella prefieren distraerse con la política, con revistas y programas televisivos insustanciales, o peor, con nada? Pues, fíjense, nunca he sido feliz haciendo nada, y, francamente, me tienen sin cuidado los amoríos, desvaríos y líos de otros, sobre todo aquellos en los que se enredan y desembrollan, como por arreglo, políticos, trepadores sociales, y personajes faranduleros de nuestro apretujado medio ambiente.

Antes del retiro decidí que pasaría mi residuo de vida útil en la complacencia de otra vocación, las artes. Esto no tiene nada de espectacular. La medicina es un arte que sobresale del lomo de la ciencia, y no debe extrañar que ese soplo artístico se manifieste y se goce más que su fundamento científico. En el interior de todo médico se anida un amante de las artes, y a veces algunos nos atrevemos a expresarlo cantando, tocando un instrumento, pintando, escribiendo. Con más frecuencia sale a relucir el actor que aparenta serenidad frente a la adversidad, le finge coraje a un paciente pesado, dora la píldora de un mal pronóstico, infla triunfos terapéuticos, o concelebra la alegría sin causa de alguien que ignora que sus días están contados. Algunos especialistas en esta rama son tan magistrales que merecen Óscares. Por ahí va aquello de que con arte y engaño se vive medio año, y, con engaño y arte, la otra parte.

Desde siempre me entusiasmó la pintura, y, ya en la menopausia de mi vida médica, me apliqué con ánimo a su estudio y práctica intensa. Quiero señalar que en esa disciplina tengo más en común con Vicente Van Gogh que todos los pintores del patio, porque, a pesar de haberle dedicado muchos años, no he vendido ni siquiera un solo cuadro con el que pudiera pagarme un almuerzo. Menos mal que nunca me ha dado con cortarme una oreja.

Al paso de los años, la pintura –de la que, por lo menos, he cosechado el placer de producirla y retenerla para mi gozo personal y el de mis familiares y

amigos— se vio relegada a un rincón por un insidioso desgano en su laboreo. No me inclinaba a pintar día tras día, como exige una vocación absorbente. No me ilusionaban sueños dorados de obras maestras fluyendo en vivo del arcoíris de mis pinceles. Sospeché que no dominaba el oficio tan a fondo como es debido, y, no entendiendo ni dejando que me sedujeran los extravíos artísticos del siglo XX, me creí superfluo, estancado en el tradicional estilo realista, y lo fui haciendo menos y menos.

Esas lucubraciones y despegos me alertaron a buscar otro entretenimiento, algo que me permitiera ocupar el tiempo cada vez más sobrante, para que no me sucediera lo que a un urólogo, que al poco tiempo de haberse entregado de lleno al regodeo del retiro fue bajado de rango por su mujer a mandadero, jardinero, lavadero y fregaplatos, por lo cual prefirió volver a bregar con las vías urinarias ajenas. Tendría que agarrarme de algo que me liberara del vasallaje doméstico, peor, del regreso a la práctica médica, cada día más sofocante por las pesadísimas imposiciones burocráticas que seguían acumulándose sobre las espaldas de mis colegas.

Desde pequeño me habían entrenado a desempeñarme en algo que pareciera productivo, aunque sólo me sirviera de alivio espiritual. Aprendí, de niño, que la vagancia es una sábana que arropa muchos pecados, y, de adulto, que la única vagancia tolerable es la que los poetas se ufanan en llamar “el ocio creador”. Este trascendental precepto me abrió los ojos a otra devoción, la literatura. Aunque

desprovisto de la instrucción formal requerida, armado sólo con el amor que le profeso, pensé aventurarme a cultivar esa creatividad ociosa, sin importarme que estuviese desnuda de promesas, sin la más mínima pretensión de escribir el gran libro de las letras españolas de finales del siglo XX o comienzos del XXI. Lo importante era emplearme en algo que pareciera provechoso.

Como profesor durante una jornada de dos años en la Escuela de Medicina de la Universidad de Miami en la que casi todos mis discípulos eran judíos, descubrí que en dicha religión se considera al maestro como el ser más cercano a Dios, porque al compartir sus conocimientos con los estudiantes, sin esperar nada, demuestra su gran amor por la humanidad. Conforme a esa vocación magisterial y la alta jerarquía que entraña, pensé que si escribiera un libro para que lo disfrutaran y asimilaran otras personas, demostraría cuánto las quería, y, ni que decirlo, si con eso lograba que no me olvidaran tan fácilmente cuando me alejase de este mundo con los pies por delante, el placer y la gratitud de mi alma serían infinitos. ¿Qué mejor diligencia, tan cerca del portal del más allá, para evitar el embotamiento de la lectura de nimiedades, la promesa ilusoria de los libros de autoayuda, el contenido fosilizante de la televisión, la distracción adictiva de la Internet?

Leí obras estupendas, clásicas y vanguardistas, y consulté textos pedagógicos, con la esperanza de que, por osmosis, se me pegara algo, de que eso me capacitará para escribir mi libro: la biografía de un joven pueblerino criado en los años

de unas vacas tan flacas que ni se veían, su larga trayectoria estudiantil en esta isla y la de Manhattan, inmerso en un excepcional centro médico donde se pulió hasta especializarse, cuya experiencia iluminadora lo llevó a transformar la dermatología puertorriqueña, y, luego, a deambular por el mundo de las artes mientras el dedo de Dios lo investía, sin él desearlo ni merecerlo, por relevo de muertos, con el título de patriarca de una extensa familia. Después de tanto navegar, para no morir ori-llado, acabó por contarle cuentos a cualquiera que se detuviera a escucharlo.

El proceso de escribir no fue fácil, pero sí exitante. Mientras manuscibía los primeros borradores advirtió que lo que más le entusiasmaba detallar eran las experiencias placenteras, y se extendió en ellas. Por otro lado, lo que más lo enardecía era desenmascarar a aquellos que lo hicieron rabiar a lo largo de su vida. Había leído en algún lugar que daba gusto escribir sobre villanos y hubo momentos en que el gusto alcanzó niveles de paroxismo. Pero cuando le leía esos pasajes a su mujer, dotada de una caridad sin límites, y, por lo tanto, su más severa crítica, se veía obligado a reescribirlos, a atemperarlos hasta el debilitamiento con un *frosting* de dulzura, pasando de la exposición justa, merecida, al camuflaje de la diplomacia, que no es otra cosa que la hipocresía elevada al tablado de las artes. Si se hubiera mantenido en la versión original, es posible que el libro llegara a ser un *best-seller* porque a la gente le encanta lo que huele a chisme. Recuerden *Mi amigo el gobernador* del doctor Enrique Vázquez Quintana. Con amigos como

Quique, al doctor Pedro Roselló no le hicieron falta los enemigos que le llovieron más tarde.

El autor tituló aquel libro *No quiero decir adiós—Memorias de un hablador*, que salió a la calle bajo el riguroso sello de la Editorial de la Universidad de Puerto Rico. No fue un *best-seller* pero su endulzamiento le evitó la pejiguera de sabe Dios cuántos disgustos. Aún así hubo un ex-discípulo que comentó mirándolo austeramente: “Usté ha llegado a una edad en la que no se le debe discutir nada”. ¡Vaya, vaya, con delicadezas así huelgan las críticas vejatorias! pensó, pero no se atrevió a articularlo, con tal de evitarse disputas estériles.

La correctora del libro, Ana Victoria García San Inocencio, lo sorprendió con un singular elogio al sugerirle que escribiera uno de cuentos porque “sus anécdotas están muy bien elaboradas, son casi cuentos”. Esa idea resonó con la enfermedad llamada porfiria, que rondaba su mente, como esperando su rescate de las sombras que la envolvían desde que Isabel Allende la señaló como causante de la muerte de su hija Paula. Este relato atrajo la atención de miles de lectores, pero la inmensa mayoría permaneció ignorante de la naturaleza del mal porque los doctores que atendieron a la enferma no supieron explicárselo a su mamá. Se le había ocurrido al autor que valdría la pena tratar de aclararlo, algún día, quizá mediante un ensayo periodístico. Claro, debería ser en lenguaje sencillo, mínimamente científico, inteligible para el lector promedio. Precisaba librarlo de la carga ensa-

yística típica de los reportes académicos que los doctores a la cabecera de Paula le entregaron a doña Isabel a manera de explicación.

El consejo de la correctora fue la bombilla que iluminó la idea de describir las porfirias en forma de cuento, preferiblemente incorporado a una colección basada en experiencias médicas. Pero, podrían preguntarse ustedes ¿y de dónde saldrán todos los personajes necesarios para una colección así?

Fácil. De la realidad. Las noticias nos traen a diario sucesos inconcebibles, dignos de ser forjados en obras literarias respetables. Basta recordar algunos incidentes escenificados no hace tanto tiempo en esta querida isla nuestra.

Una dominicana, sus pechos rebosantes de la leche por la cual lloraba el bebé que dejó en Quisqueya, se nutre con ese rico sudor, lo comparte con sus compañeros de viaje apiñados en un bote a la deriva en el Canal de la Mona, y, desmedrados, llegan a nuestro país, pero son devueltos al suyo sin misericordia.

Un tipo que olfatea miles de dólares goteándose de lo alto de un multipisos del Condado, aunque no huelen bien, se dispone a hacerse del apartamento del cual proceden, puesto en subasta por falta de pago. Al abrir la puerta, se topa con un puñado de muertos —una mujer y tres perros— clamando por ser sepultados. Ya repuesto de ese susto, penetra un cuarto cuya puerta tiene que descerrajar, y se encuentra con un cadáver más, muy mal enterrado debajo de una pila de colchones.

Un guacamayo que responde al nombre de Wilo es citado para servir de testigo en corte con miras a probar que fue robado y vendido ilegalmente en un Pet Shop, y así poder regresar al hogar del que dice ser su dueño, el único a quien el cotorro le hace caso, incluso haciéndose el muerto patas arriba cuando él se lo ordena. La juez obliga al pájaro a esperar por horas en otro salón para que no oiga, para que no le contaminen la mente, los argumentos de los demás declarantes.

¿Qué mejor material literario que ése? Lo que pasa en esta isla, rica en hechos insólitos, debe ser la mejor fuente de inspiración para sus escritores. Me cuentan que Gabriel García Márquez, al enterarse del acarreo de miles de toneladas de nieve por la alcaldesa Felisa Rincón de Gautier, con el fin de trasladar a San Juan la navidad nórdica, comentó que esa gesta era digna de Macondo, dando a entender que la magia de sus *Cien años de soledad* se hacía realidad palpable en esta isla de fantasía, dejando entrever que no osaría escribir nada sobre nosotros porque a nadie le haría gracia, porque aplicado aquí su realismo mágicoería totalmente trivial, prosaico.

A los médicos experimentados, observadores habituales de lo que palpita en su proximidad, no les faltan temas dignos de ser degustados y repartidos a otras personas. Sucesos salpicados con particularidades exclusivas, frases enjundiosas lanzadas al aire como burbujas que revolotean sin querer disiparse, pasiones teatrales desencadenadas de improviso, en fin, una gama abarcadora del trajín

humano dentro del marco de las enfermedades y más allá. Con ese trasfondo, anticipando el placer que supone la ficción literaria, el gozo de ponerle alas a la imaginación, el escritor empezó por extraer de los rincones penumbrerosos de su mente ciertas experiencias con seres reales, semiocultos cual deambulantes en acecho de alguien que pasara y se dignara a oír sus cuentos, algo así como los consabidos seis personajes de Luigi Pirandello, en busca de autor. A partir de esos y otros retazos vivenciales más recientes, transmutados y aderezados a gusto, les asignó papeles a todas esas figuras fascinantes y se dispuso a ponerlas en escena, no como partícipes pasajeros de anécdotas, sino protagonistas en cuentos de verdad.

Poco a poco tomó cuerpo la colección que vino a titularse *Los porfíricos y otros cuentos hipocráticos*. Desde el principio el escritor decidió que los cuentos serían ilustrados con cuadros a color. El primero en salir del tintero fue, naturalmente, *Los porfíricos*, y de inmediato surgió la idea de adornarlo con el retrato de Paula. Pero ¿cómo hacerlo? se preguntó.

La porfiria (viene del griego “púrpura”) se debe a defectos genéticos en la elaboración de las porfirinas, derivadas de dos aminoácidos que al añadirsele hierro dan lugar a “hemo”, alma de la hemoglobina. Su estructura consiste en cuatro “anillos” pentagonales (configuración tetrapirrólica) que, como “rosaritos de cinco cuentas” (cuatro átomos de carbono y uno de nitrógeno) se agrupan alrededor de la cruz formada por la conjunción de los nitrógenos apostados al centro

de la formación. Nada más lógico que reproducir el retrato de Paula sobre esa cruz.

Ya terminado el cuadro, habiendo colocado las otras cuatro primeras figuras del cuento, una dentro de cada uno de los “rosaritos”, a su entender, composición tan apropiada que también serviría como decoración de portada, cayó en la cuenta de que tendría que obtener el permiso de doña Isabel Allende. Por fortuna, no hacía mucho había departido con la escritora chilena durante una presentación suya patrocinada por el Club Cívico de Damas, y, sin vacilar, consiguió su dirección postal y se comunicó con ella. A vuelta de correo, muy gentilmente, doña Isabel le concedió el permiso requerido, colmándolo de alegría.

Debido a la limitación de tiempo quizá debería terminar con esa nota feliz, pero antes, permítanme describirles unas cápsulas formuladas por el autor para estimular el apetito por sus cuentos.

El sanador sagaz, un renombrado profesor español, luce su mundología en la isla al tratar a un joven que sufre de vitíligo, haciendo desaparecer todas sus manchas menos la más alarmante, que le cubre un péndulo ovoide muy querido.

La revancha es saboreada por un boxeador devastado hasta la ceguera por la lepra, muchos años después del *knockout* sufrido en su última pelea y la nega-

ción absoluta que siguió al diagnóstico de la enfermedad que lo sacó del cuadrilátero para siempre.

El desmayado imprevisible, un cubano desconfiado de médicos y hospitales, se marea tres veces durante una operación sencilla para exasperación del cirujano, pero ese papelazo lo cura de espanto.

El abogado ciguato, apenas librado de las garras de la muerte por ciguatera, muestra su mezquindad al empeñarse en demandar al dueño del restaurante donde comió el pez portador del veneno, pero la fatalidad les juega una treta a ambos.

La epidemia del dengue empieza por victimizar a un médico que sufre lo indecible durante la época de *Thanksgiving* al ver cómo los mosquitos que lo infec-
taron le transmiten el virus potencialmente fatal a sus seres queridos.

Cuando yo era un gringo, es lo que rememora sin pena un caballero americano, luego de experimentar la más sorprendente metamorfosis como resultado de una transfusión salvadora de tres litros de sangre boricua.

El sumidero es donde van a parar, alucinados por el alcohol y las drogas, muchos pobres que moran y mueren en nuestros montes y llanuras.

El perdidoso impenitente, independentista arrepentido venido a menos, reconfortado por la bebida que le obsequia un amigo médico a quien no logra reconocer en el alambique de su memoria, recuerda que algunos tiempos pasados fueron mejores, pero no del todo.

La bien agradecida, viuda a caza de un tercer marido, acude a un dermatólogo con la esperanza de rejuvenecerse, y alcanza mucho más de lo que anhela, sin arriesgarse al mal de las vacas locas por implantaciones de colágeno vacuno, ni a ver su rostro convertido en una máscara inexpresiva por el Botox que inmovilizaría los músculos causantes de sus arrugas.

La venda que cubre los ojos de la justicia se descorre al final de un juicio arreglado por un marido explotador contra su esposa doctora, hija de un boticario.

El merengue de Franklin es bailado frenéticamente hasta sus últimas consecuencias por un médico idólatra del dinero.

El color de la malignidad, igual en blancos y negros por dentro, distinto y determinante por fuera, subyace el prejuicio de una bella mujer contra el pretendiente que, al fin y a la postre, la commueve y la salva con su entrega total.

Un nido de culebras, habitado por una boa puertorriqueña preñada, sus compañeros y demás familia, arrastra hacia un imprevisto desenlace al corajudo veterinario que acude a desmantelarlo.

Un corredor de valores acosado por preocupaciones económicas, víctima de *Un mal que mata desde afuera, si se deja*, deposita toda su confianza en un médico estremecido en su autoestima por una depresión reciente.

La plaga entronizada a fin de siglo, travestida con el embrujo del sexo y la subyugación de la droga, atemoriza a la humanidad, que, reflejada en un médico amenazado por el mal, se dispone a combatirlo con todos los medios a su alcance.

Los porfíricos, marcados por trastornos genéticos, sufren daños dramáticos tras la exposición al sol, las hormonas, el alcohol y el estrés. Raras veces terminan mutilados, asemejándose a lobos o vampiros, y, en contadas ocasiones, mueren a causa del mal, pero, bajo tratamiento, la mayoría se remedia, incluso mejorando la calidad de su vida, sacándole partido a su propia desgracia.

Confío que estas cápsulas les hayan caído bien y los induzcan a leer el libro y a recomendarlo a familiares, amigos y pacientes, como suelen hacer los consumidores de los medicamentos alternos, esos productos homeopáticos que ni curan ni diagnostican nada, pero hacen sentir bien a los que los ingieren, bastante mejor al naturista que los receta, y muchísimo mejor al industrial que los fabrica.

Concluyo con las palabras del poeta don Jesús Tomé, corrector *non plus ultra* de la Editorial de la Universidad de Puerto Rico, en su prólogo al libro: “Venga, pues, el lector preparado a gozar de estos cuentos, y, de paso –por añadidura—, a crecer en importantes y provechosos conocimientos”.

Muchas gracias.

Ilustraciones (dibujos y pinturas por el autor; del 24 al 39, pinturas ilustrativas de cuentos)

1. *El hombre y su guitarra* (pintura)
2. *El hablador* (dibujo)
3. Retrato de actor
4. *El meaito* (pintura)
5. *El mangle herido* (pintura)
6. *Autoretrato* (pintura)
7. *El pintor y su modelo* (pintura)
8. Pintura de Jackson Pollock
9. Facultad y estudiantes de Miami
10. *Columbia College of Physicians and Surgeons* (dibujo)
11. Facultad y primeros residentes de dermatología CMPR
12. *El roble florido* (pintura)
13. *Aniversario de oro* (pintura)
14. *La abuela* (pintura)
15. *Mi amigo el gobernador* (libro)
16. *No quiero decir adiós* (libro)
17. *No quiero decir adiós* (contraportada)
18. *Paula* (libro)
19. *Los porfíricos y otros cuentos* (libro)
20. Fórmula de porfírinas
21. *Los porfíricos* (pintura)
22. Retrato de Isabel Allende
23. Permiso de Isabel Allende
24. *El sanador sagaz*
25. *La revancha*
26. *El desmayado imprevisible*
27. *El abogado ciguato*
28. *La epidemia*
29. *Cuando yo era un gringo*
30. *El sumidero*
31. *El perdidoso impenitente*
32. *La bien agradecida*
33. *La venda que cubre los ojos de la justicia*
34. *El merengue de Franklin*
35. *El color de la malignidad*
36. *Un nido de culebras*
37. *Un mal que mata desde afuera, si se deja*
38. *La plaga entronizada a fin de siglo*
39. *Los porfíricos*